



Rafael Arévalo Martínez

Las apariciones satánicas van generalmente acompañadas de olor a azufre, según afirman altas autoridades sobre la materia, mientras que las divinas traen un cierto olor a incienso o a «panes frescos de hostias» como afirmaba nuestra Hermana Teresa de Aycinena. Arévalo Martínez va envuelto en esta última atmósfera, y, por lo mismo, su parentesco no es con el enemigo malo a quien él tanto teme.

Se necesita tratar personalmente a este ultrasensitivo y ultramontano poeta para convencerse de su sincero fanatismo, que lo lleva a los últimos extravíos de la mente y lo transporta a ese terreno dudoso que radica entre la locura y el genio. Su misticismo no tiene nada de retórico. Es un caso auténtico de un gran enfermo de la incurable enfermedad de haber nacido. No se le puede uno acercar sin contagiarse algo de su locura espiritual, ni se le puede abandonar sin sentir algo de esa inmensa conmiseración que se siente por un niño o un anciano indefensos entregados a los pavores de cruzar una montaña en noche oscura. El comprende su debilidad y se entrega todo, en cuerpo y alma, a la sombra protectora de los que considera sus superiores, sólo porque están mejor organizados para esta dura pelea del diario vivir.

Sus amigos,—que son mis amigos y compañeros—los Unionistas de Guatemala, cometieron un error bienintencionado al enviarlo a estas tierras de *surmenage* perpetuo, para combatir su neurastenia incurable. (1)

Debieron por lo menos haberle proporcionado el pararrayos de su esposa y sus hijos. Pero solo, solo... Imagínense a Arévalo Martínez abandonado y solitario en esa inmensa montaña de Broadway, donde cada automóvil y cada rascacielos pesa sobre su delicada urdimbre nerviosa.

A las cuarenta y ocho horas de permanencia, suplicaba con lágrimas

CON ARÉVALO MARTÍNEZ

POR EL DR. MANUEL F. RODRÍGUEZ

amarguísimas en los ojos, que se le ayudase a huir de esta Babel. Y no se crea que necesitase de ayuda pecuniaria: hay que hacer el honor a sus amigos, de confesar que lo proveyeron generosamente para una larga permanencia y hasta para un costoso internado en un sanatorio; pero imposible: su psicosis se agravó con un intenso mal de patria y de familia. Sintió de nuevo los dolores de la producción de su bellissimo *San Francisco de Asís* y besó—mentalmente—a todas las hembras fecundas y corrió por sus venas de nuevo la savia del vegetal que goza con servir de alimento a los becerros inocentes.

Lo embarcamos: no hubo otro remedio. Y después de recomendarlo al capitán bonachón y al médico de abordaje, regresamos envueltos en el áurea misteriosa de este ser ultraterreno, preguntándonos: ¿Quién tendrá la razón después de todo?

(Envío del Autor).

Fragmentos de opiniones sobre la obra de Rafael Arévalo Martínez "El hombre que parecía un caballo".

CON este título, ya singularmente sugestivo, ha publicado Rafael Arévalo Martínez una pequeña novela, o mejor dicho, un cuento, que acabo de leer con la más profunda emoción. Diré antes de pasar adelante, que la obra es de una belleza y una intensidad extraordinarias: para encontrar algo superior en la historia de la fantasía, y especialmente en los campos de la novela psicológica, sería necesario subir hasta Poe, hasta Peter Altenberg, hasta Barbey d'Aureville. Dicho está, por tanto, que la creación del poeta de Guatemala más bien acusa los destellos del genio que las manifestaciones del talento cotidiano... La novedad del relato de Arévalo Martínez consiste en el hábito de misterio que atraviesa las breves páginas, y en los inauditos recursos verbales de que se sirve para hacérselo advertir bellamente.

RICARDO ARENALES

(*El Figaro*. Habana, julio de 1915).

El hombre que parecía un caballo y *El Trovador Colombiano*, estas preciosas novelas del guatemalteco Arévalo Martínez, contienen una observación genial. Aretal el caballo y Franco el perro son los tipos humanos que más abundan.

ALFONSO REYES

(*El Suicida*. Madrid, 1917).

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ es en estos momentos la figura más interesante en las Letras centroamericanas: ninguno posee su fervor místico que alterna con el afán humano; su ingenuidad un poco mórbida, y hasta su raro don de comunicar a ideas que no son propiamente nuevas un hábito de misterio que vale por una verdadera renovación. Recordando que este hombre escribe sus versos de rodillas, con temblor de muerte y arrasados los ojos de lágrimas, podríamos afirmar que tiene algo de Fray Angélico.

En la prosa de Arévalo Martínez es donde su espíritu atormentado lleno de cansancio, sus alucinaciones que conturban, ha encontrado la expresión del propio tumulto. Su pequeña novela «El hombre que parecía un caballo», resulta el más bravo alarde de interpretación del mundo y de sus fenómenos que se haya hecho en América.

Conserva Arévalo Martínez—sin imprimir—varios trabajos todos llenos de interés; todos animados por un enfermizo, noble y triste deseo de interpretar el mundo místicamente desde la cárcel de un cuerpo en decadencia.

(*Fierabrás*, México, Junio de 1918).

RUBÉN DARÍO me había anticipado favorabilísima opinión de «El hombre que parecía un caballo». «Notable acierto. Te sorprenderá y te gustará como a mí. No es Poe ni Lorrain. Es algo nuevo y maravilloso. Ya verás.»

Mi impresión al leerlo fué extraordinaria. Le confieso que no he leído nada en que se hable del «misterio» con mayor ni siquiera igual encantadora sencillez. Nada en que se traten o insinúen «tópicos trascendentales»



Dr. Manuel F. Rodríguez

Agente confidencial del Gobierno de Honduras en Costa Rica

(1) Los Angeles, California.